

A LOS MIEMBROS DE LA CONFERENCIA OBLATA DE EUROPA

5 Mayo 1979 - Homilía - Hünfeld, Alemania

Influencia de la Europa oblata. - Una Europa que cree. - Una Europa portadora de esperanza- - Una Europa del amor.

La sesión toca ya a su fin. En la apertura, el P. Vanpetegem, vuestro presidente, decía: "Nuestra Congregación tiene ciertamente sus raíces en Europa, en la Iglesia de Europa... Y hoy, en la Europa actual tiene todavía ciertamente su lugar, como en el tiempo del Fundador" era un acto de fe.

En el Evangelio de esta mañana (Jn 6, 60-69) san Juan acaba de hablarnos también de la fe, de la prueba de la fe, de la fe que es don del Padre, de la pregunta de Jesús "¿También vosotros queréis marcharos?", y de la admirable respuesta de Pedro: "Señor ¿donde quién vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna".

La situación de los discípulos y la de los Doce es la situación del mundo cristiano de hoy. Unos encuentran intolerables las condiciones y se van. Otros, por gracia de Dios, se afianzan en la fe y siguen avanzando. Nuestra vida se asienta en la fe Y la fe de muchos otros hombres se apoya sobre la solidez de nuestra propia fe.

Dentro de la Congregación y cara al compromiso religioso, vivimos la misma experiencia. Cada uno es para su hermano oblato causa de afianzamiento u ocasión de escándalo en su vocación. Esto es real también entre una Provincia y otra, entre una y otra Región.

Influencia de la Europa oblata

En la Congregación, la Europa oblata ha significado siempre y significa hoy todavía una realidad de primordial importancia, ante la cual nunca uno es indiferente. Ha> casi 2000 oblatos en Europa. En Europa nació la Congregación. De Europa salieron la mayor parte de los oblatos que han establecido el Instituto en otros países, y todavía hoy hay cerca de mil oblatos de Europa trabajando en varios continentes.

Durante esta semana que hemos pasado juntos, he pensado a menudo en esta realidad de la Europa oblata. Hay grandes diferencias, es verdad, entre una y otra Provincia, pero desde fuera, a medida que se vaya imponiendo en el Instituto la idea de "región", la Europa de los oblatos, como la Europa política, se irá percibiendo cada vez más como un todo. De esta Europa oblata espera mucho la Congregación.

Una Europa que cree

Ésta necesita de una Europa oblata que cree firmemente y que no tiene miedo de dar abiertamente testimonio de su fe, de su fe a Dios, de su fe en Jesucristo, de su fe en la Iglesia, de su fe en su propia vocación de evangelizadora de los pobres.

Se evangeliza con la vida, con la calidad misma del propio ser, es cierto y es fundamental. Lo primero que hay que hacer para ser útil a los demás es trabajar sin descanso en la propia conversión.

Se evangeliza con las obras. Jesús curó a los enfermos y alivió la miseria humana; tomó la defensa de los débiles y de los oprimidos y hasta dio su vida por ellos. El oblato debe hacerlo también, es necesario.

Pero el oblato está llamado a hacer más, está llamado a evangelizar también con la palabra. Debe tener todavía la valentía de hablar de Jesucristo: "No podemos dejar de hablar de lo que hemos visto y oído" afirmaban Pedro Juan ante el sanedrín (Hch 4, 20). Y esto, aun cuando, como constataba Pablo VI en la *Evangelii Nuntiandi* "el hombre moderno está hastiado de

discursos", "cansado de escuchar" e "inmunizado contra la palabra" (n. 42).

Como oblatos, hemos de buscar nuevos caminos, intentar descubrir cuáles son los más eficaces para decir al hombre moderno 'quién es Jesucristo' y cuál es su propia dignidad en Jesucristo. Mientras no hayamos llegado a ello, nuestra obra de evangelización habrá quedado incompleta, inacabada.

Una Europa portadora de esperanza

La Congregación necesita, en segundo lugar, una Europa oblata portadora de esperanza. Recuerdo la reflexión de un oblato de Asia que me dijo un día cuánto le había afectado el derrotismo manifestado por ciertos hermanos de Europa. Los tiempos son duros para ciertas provincias, es evidente: dentro, el personal envejece y hay pocas vocaciones, y fuera - lo hemos visto estos días - las llamadas son nuevas y se hacen cada vez más apremiantes, y piden inventiva, creatividad.

Entonces ¿habrá que dimitir y replegarse hacia dentro? No, en absoluto. Los tiempos recios son también, por excelencia, los tiempos de la esperanza. "Esperó contra toda esperanza - dice san Pablo de Abraham - y Dios le hizo padre de un gran pueblo".

Para nosotros también, es el tiempo de la esperanza. La renovación que se muestra aquí y allí, en la vida religiosa y la vida oblata, puede también realizarse entre nosotros, si somos capaces de creer en ella y de pagar el precio.

Una Europa del amor

La Congregación, por último, tiene necesidad de una Europa oblata del amor, que cultive el diálogo, que sea acogedora a lo que dicen los otros y que logre, en su vida interna, superar las divisiones, colaborar y unirse cada vez más en pro de las vocaciones, de la formación y de la intensificación de su vida religiosa... y que logre también, fuera, empeñarse con todo el corazón y en forma conjunta al servicio de los nuevos pobres. Que sepa, como la Iglesia, mirar al mundo actual "con una profunda simpatía y un inmenso deseo de presentar a los hombres de hoy el mensaje de amistad, de salvación y de esperanza que Cristo ha traído al mundo"(PABLO VI, Discurso a los miembros del Concilio, 29-9-1963, n. 49).

Aunque no podamos hacerlo todo, tenemos que hacer algo y, en lo posible, hacerlo juntos.

La presente sesión habrá sido un paso adelante en esa dirección. Por ello doy gracias al Señor y a vosotros.

Para ayudar a la Congregación, la Europa oblata debe, pues, vivir intensamente de fe, de esperanza y de amor y dar abiertamente testimonio de ello.

Para ayudar a la Europa política que se está construyendo, lo que los hombres esperan de nosotros, tal vez no sea tan diferente. Hace un mes el Papa Juan Pablo II decía a los miembros del Centro de Presidencia del Parlamento Europeo: "Las instituciones, por sí solas, nunca harán a Europa, son los hombres los que la harán" (L'Osservatore Romano, 6-4-1979). Y entre esos hombres, estoy seguro, los religiosos pueden tener una gran influencia si son capaces de vivir radicalmente de fe, de esperanza y de caridad.